



**DE LOS ALMANAQUES A LA
AUTOBIOGRAFÍA
A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII:
PISCADORES,
FILOMATEMÁTICOS Y
ALREDEDORES
DE TORRES VILLARROEL**

FERNANDO DURÁN LÓPEZ
Universidad de Cádiz

De la autobiografía en la España del XVIII lo primero que resalta es su escasísima presencia editorial. Sea cual sea el criterio conceptual que se emplee para definir y clasificar esta escurridiza modalidad, tan poco canónica en nuestras letras, llegamos a una lista formada en su mayor parte por obras manuscritas, dirigidas a receptores restringidos, de autoría encubierta o desconectadas de ese “pacto” explícito con unos lectores públicos del que habló Philippe Lejeune. En este panorama, sin embargo, sobresalen tres obras impresas de 1743 a 1745.¹ En la primera fecha sale la *Vida* de Diego de Torres Villarroel, cuyo fulminante éxito (cinco tiradas, dos de ellas piratas, en pocos meses) crea una efímera estela destacada por Mercadier (“Dans le sillage”): en 1744 aparece la del astrólogo Gómez Arias y en 1745 la del filomatemático Joaquín de la Ripa. Aquí voy a interrogarme por su común relación con los almanaques astrológicos y el vínculo que lleva de estos a publicar una autobiografía.²

Vaya por delante que no estimo que esas obras pertenezcan a lo que podemos denominar con algo de sentido histórico “autobiografía moderna”, sino a un formato más arcaico, cercano al del Barroco. A mi modo de ver, existe una concepción del yo que aparece representada literariamente durante los siglos XVI y XVII en forma de narraciones en primera persona, tanto novelas como hagiografías, biografías o autobiografías, que en su

¹ He tratado de establecer la nómina de autobiografías españolas del XVIII y el XIX, hasta más de quinientos autores, en la que pueden verse los detalles precisos que sustentan esta afirmación (Durán, *Catálogo*, “Adiciones” y “Nuevas adiciones”).

² Sobre Torres véase Durán (“A vueltas”); sobre Arias y Ripa preparo sendos artículos monográficos. Este material pertenece a la tercera parte inédita de mi tesis doctoral: *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (siglo XVIII y principios del XIX)* (2001). De ella se han publicado otras partes con las que se puede contextualizar mi planteamiento (véanse en la bibliografía).

forma más conocida e influyente relatan vidas marginales (las novelas picarescas, las autobiografías de soldados...), mas no se limitan solo a ellas. A mi juicio, en el XVIII, e incluso a principios del XIX, existen aún manifestaciones de ese modelo, relativamente desvinculadas de las concepciones y representaciones de la identidad que caracterizan la Europa ilustrada y al hombre moderno. Estas autobiografías "picarescas" —y no olvidemos las comillas, a riesgo de incurrir en el estiramiento infinito de las etiquetas críticas— dibujan en lo sustancial un antihéroe y un paradigma narrativo asentado en nociones premodernas del *yo*, que aquí adoptan el envoltorio de la autobiografía, diferente al de la novela en aspectos cruciales. Algunos de los trazos de dicho paradigma pasarían por una estructura narrativa episódica, centrada en el poder cautivador de la anécdota y el lance chusco, un tono humorístico más o menos autodegradante y una concepción desengañada de la vida como sucesión de altibajos de la fortuna y cambios de estado social, oficio y suerte por el protagonista, de la que a menudo se extrae una consecuencia moralista. El relato se desarrolla de un modo egocéntrico, con un *yo* tan desbordado como carente de auténtica introspección, desligado de ideales colectivos, valorando la imagen completa del personaje y no el producto objetivo de su vida pública, buscando la admiración y queriendo encarnar un tipo humano activo y desenvuelto, de perfiles polifacéticos y egotistas. El carácter marginal del protagonista no es esencial, pero sí frecuente, aunque solo sea mediante la ética contrarreformista del autoaborrecimiento, el gusto por el realismo sucio y el forzado contraste entre mundanidad y salvación. En ese sentido, estas obras forman familia con las de la centuria precedente, sin que quepa hablar de derivaciones inmediatas.³

El breve *corpus* que se puede establecer en el XVIII de este tipo de relato autobiográfico manifiesta un significativo cambio en los autores a quienes se atribuyen tales aventuras escritas, que ya no se asemejan a los pícaros o los soldados de antaño.⁴ Su principal diferencia es la dimensión intelectual (o "intelectual", si se prefiere). La tarea literaria o científica no genera en el siglo anterior una narración personal de esa clase. Estos tres autores son, sin embargo, escritores, catedráticos, profesores, astrólogos, matemáticos..., aunque no precisamente en una línea de humanismo erudito y prestigiado. No es un mero efecto colateral de la poderosa figura de Torres. Su autobio-

³ Véase Durán, "A vueltas" 163-9.

⁴ Incluyo, además de a Torres, Arias y Ripa, dos obras de principios del XIX: la *Vida trágica del Job de los siglos XVIII y XIX* de Santiago González Mateo (cf. Durán, "Padres", "La Ilustración" y "Coprofilia"); y los *Recuerdos de mi vida* del exiliado liberal José R. Izquierdo (cf. Izquierdo, *Recuerdos*). En la misma órbita andan las falsas autobiografías de clérigos impostores, pequeño repertorio desde el XVII al XIX (Alonso Pérez de Saavedra, Francisco Camacho y Francisco Mayoral, y no anda lejos la impostura inversa de Catalina Erauso, la "monja alférez": cf. mi estudio introductorio a Mayoral).

grafía es la más compleja y la menos imitativa del modelo narrativo barroco, con fuertes elementos burgueses y modernos, entre los cuales estaría la valoración de un oficio intelectual muy sesgado hacia lo mercantil y lo popular. Acaso ni Arias, ni Ripa, ni nadie semejante habría escrito una autobiografía de no haberse visto reflejados en ese espejo, pero sería un error despachar con una explicación tan accidental que las tres únicas autobiografías impresas como tales durante el XVIII fuesen obra de escritores que se definían como astrólogos y filomatemáticos. Esto supone una originalidad —o una evolución— que ha de ser explicada con parámetros nuevos.

Los almanaques: un estado de la cuestión

La astrología —Torres y Arias— y las matemáticas —Ripa— iban por entonces unidas en una misma disciplina junto con la astronomía, y sin duda en la apreciación popular reunían análogas cualidades de magia, misterio e ininteligibilidad. Los almanaqueros compartían ese campo de destrezas, en una época en que la ciencia no estaba tan desgajada del esoterismo como llegaría a estarlo más adelante. Se trataba de una facultad con cátedra universitaria y que incorporaba en su plan de estudios la astrología judicial; era una cátedra, empero, de las mal dotadas y tenidas por “raras”, que a menudo permanecía vacante o sujeta a efímeras sustituciones, como la que ocupó Torres Villarroel y que en los documentos es indistintamente nombrada “de matemáticas”, “de astrología” o “de astronomía”.

El XVIII conoce la implantación y el auge de los almanaques en España,⁵ gracias sobre todo a Torres Villarroel, quien cimentó su primera fama sobre tan humildes escritos, y les dio elaboración literaria, introduciéndolos en la historia de la literatura, si bien por una puerta trasera. Hasta entonces en España se leían las traducciones de los que Torres desdeñaba como “pronostiqueros italianos”, en especial el *Gran Piscator Sarrabal* de Milán, desde 1687; a estos se sumaban algunos españoles aquí y allá. Un asilvestrado y anónimo Torres Villarroel de veintitrés años halló la rendija en que echar raíces desde que en 1718 publicó su primer impreso, un almanaque para 1719 donde se dice “profesor de Astronomía” (Mercadier, *Diego* 48-50). El éxito fue fulminante y debió de animarle a obtener ese mismo año la sustitución de la cátedra matemática de Salamanca, sin titular desde 1699 y sin sustituto desde 1706. Era un mero trampolín para mayores destinos, que en esa etapa solo ocupó dos cursos, mientras intentaba asentarse en Madrid y proseguía con sus lucrativos calendarios; años después, volvería para ocupar la plaza como polémico y díscolo catedrático titular hasta su jubilación. A la postre, pues, la faena a la que se dedicó con más ahínco, y sobre la que edificó su carrera literaria y académica fue la de escribir pronósticos entre

⁵ En Aguilar Piñal (*La prensa*) véase una aproximación bibliográfica. Velasco (123) afirma que la gran eclosión en títulos y en tiradas corresponde al XIX, pero sin duda en un contexto y con una variedad de contenidos muy dispar.

1718 y 1766.

Los almanques suponen un fenómeno extendido en toda Europa desde el XVII y de notables tiradas y penetración social. Son productos de consumo, dirigidos a un público indiscriminado, pero principalmente indoc-to, al que ofrecen cada año un folleto barato y reducido, de contenidos misceláneos, donde se agavillan informaciones prácticas sobre el calendario, predicciones, divulgación de saberes varios, piezas de entretenimiento... Así pues, hay que situarlos al lado de los pliegos de cordel, las relaciones de sucesos y otras modalidades de una literatura popular ajena a los circuitos letrados y de cruda explotación comercial. No hay que identificar este mercado "popular" con el pueblo bajo, abarca igualmente un estrato burgués o preburgués, con cierta capacidad de acceso a la cultura impresa, ya que "por el contenido poligráfico de los almanques, su lectura exigía del lector un cierto grado de inteligibilidad", que no implicaba la mera alfabetización estricta, sino también la capacidad de interpretar símbolos astrológicos o aparatos iconográficos.⁶

Los pronósticos padecieron trabas por el recelo de la Iglesia y la inquina de los doctos, que los juzgaban un semillero de supersticiones e incultura. Tal tacha aún afecta a su correcta estima. Los almanques, en realidad, van mucho más allá de la astrología, pero esta parece haber sido un factor decisivo para obviar el resto de sus materias y sentidos, particularmente en España. Esta distorsión nace de acercarse a tales textos discutiendo su credibilidad o su solvencia científica; ese aspecto, en cualquier caso, pertenece a la historia de la ciencia y nos dibuja un perfil retrógrado para unos autores que, no obstante, eran avanzados en otros aspectos y podían ofrecer facetas alternativas a un historiador de la cultura escrita. Solo con el interés hacia la literatura popular, literatura de consumo o subliteratura, ha sido posible aproximarse —poquito— a una valoración más ecuánime. Pese a ello, no son muchos todavía los estudios disponibles en España, sobre todo cuando nos alejamos del foco de luz proyectado por Torres.⁷

⁶ Sánchez Menchero 288, quien bosqueja una lista de posibles contenidos: "un apunte para cada uno de los días del año, distribuidos por meses, con datos astronómicos que auguraban los fenómenos naturales, positivos o negativos, para llevar a cabo las cosechas, la cría de animales, o practicar curaciones en beneficio de la salud de hombres y mujeres. O incluían también noticias relativas a celebraciones y festividades religiosas y civiles. A esto se podían añadir, combinadas con hagiografías o crónicas papales, tablas anuales de las coordenadas de los planetas y de las estrellas fijas, cuadros con número áureo o letras dominicales, así como los eclipses, fases lunares, ecuaciones de tiempo y otros elementos necesarios para los cálculos puramente astronómicos, astrológicos y zodiacales". Véase también: Velasco 122.

⁷ Casi todo queda dicho advirtiendo que no existe una monografía extensa sobre los almanques españoles. Sebold trata en su libro sobre la *Vida* de Torres los elementos costumbristas y novelescos de sus pronósticos (151-98). Se centra en las introducciones, "aventuras más o menos autobiográficas, presentadas como cua-

En cuanto al orden social de los autores, los almanaques apuntan a sectores más o menos burgueses, en la medida que pueda apropiarse dicho término a aquel contexto. Cualquiera que lea las obras de Torres Villarroel verá por doquier una punzante conciencia de clase, la de ser un elemento extraño entre las élites sociales e intelectuales, reivindicándose por su éxito en ascender desde la calle a los palacios y los claustros académicos, pero sin integrarse del todo ni desechar el crudo contraste entre su origen humilde y sus creces, casi siempre cuantificadas en reales contantes y sonantes. Éxito y dinero son piedra de clave de su dialéctica y su autoestima. Pero se trata de “burgueses” con pujos de sabios. Como recuerda Mercadier, los nombres de los almanaqueros “van seguidos generalmente de un título que debe, en principio, garantizar la formalidad del opúsculo”, pero pueden a veces ser paródicos. Muchos se dicen “filo-matemáticos”, profesores de astronomía en una universidad, miembros de una academia o de una tertulia (“La paraliteratura” 601). Lo mismo ocurre en otros países: “entre 1639 y 1687 se publicaron en Massachussets 44 almanaques, 41 de los cuales fueron escritos por graduados de Harvard, que se autodenominaron con el nombre de ‘Philomath’ (filomatemáticos)” (Álvarez 501). En un segundo momento a los universitarios se unieron impresores y hombres de negocios, es decir, burguesía más emprendedora. En Francia los autores se describen como licenciados y científicos. En España ocurre otro tanto:

De los 452 almanaques o pronósticos citados por Aguilar Piñal para todo el siglo XVIII, solo 221 especifican la profesión de su autor. De ellos 172 se presentan como profesores de matemáticas, filosofía u otras ciencias en diferentes Universidades del país (frecuentemente se definen también como “filomatemáticos”), 35 se presentan como astrólogos, nueve como clérigos, cuatro como nobles y solamente uno como librero. (Álvarez 501)

Este investigador concluye que quienes escribían estos opúsculos pertenecen en un 94'05 % al “estrato social conceptuado como burguesía” (501). La caracterización de Mercadier también combina el perfil profesoral

dros costumbristas y trozos de novela, que se apoyan en la observación inmediata y descripción detallista de la realidad (material y psicológica), en la narración y en el diálogo” (154). Mercadier (*Textos*) incluyó los pronósticos en su recopilación autobiográfica, y en sus capitales estudios torresianos (véase bibliografía). En 1978 también aparecieron un estudio bibliográfico de Aguilar (*La prensa*) y un primer acercamiento de Zavala (“Literatura”), que integraba los almanaques en la modernización científica de los novatores y en una naciente literatura popular. También merecen citarse Aguilar (“Pronósticos”), Álvarez, Menéndez Martínez, Martínez Mata y Botrel (sobre estos impresos “populares” en el XIX). Vallés editó opúsculos de Torres relacionados con astrología y alquimia (Torres Villarroel, *Recitarios*). Una buena síntesis en Rodríguez Sánchez de León y una visión actualizada en Velasco.

con el mercantil:

pertenecen en su mayoría al medio universitario, o al medio de la edición y de la difusión de los libros y de la prensa, principalmente en Madrid. El lugar destacado de esta actividad piscatorial es el men-tidero de las gradas de San Felipe [...]. Como ocurre en Francia, bajo ciertos seudónimos se disimulan unos editores astutos, que ven en la práctica literaria sin intermediarios la posibilidad de redondear sus ganancias ("La paraliteratura" 602).

Los estudios destacan la gran variedad de contenido y propósito en los almanaques, hasta el punto de que la inicial suma de calendario más pronósti-co se transforma en un marco misceláneo. Esta capacidad adaptativa per-mite la inserción de líneas diversas, donde los múltiples trazos supersticio-sos e irracionales del género conviven con formas más innovadoras. El mismo Mercadier sugiere que, en sus últimos años, se evoluciona incluso hacia una suerte de periodismo crítico, como el que proliferará después en el reinado de Carlos III. En la misma línea Zavala relaciona los pronósticos con el género político-filosófico de las utopías, en una vertiente popular,⁸ y desarrolla el vínculo que cree encontrar entre la nueva ciencia europea y los pronósticos. La especulación astrológica y en torno a los cometas y fenó-menos meteorológicos sería una de las vías de penetración de la ciencia moderna, en lucha con la superstición y la astrología judiciaria. La vertiente profética era dominante en el XVII, aunque "también se pueden encontrar algunos almanaques y pronósticos animados por el deseo de desmontar los mecanismos de la superstición y la fábula. La astrología [...] calca de las ciencias la apariencia de precisión y exactitud" ("Literatura" 180).

Sobre el modelo judicial estricto original, basado en la estructura de año, estaciones, meses, zodiaco, etc., al que añadían luego elementos de diversa índole, Zavala sostiene que se evolucionó en el XVIII a largo de dos líneas diferentes, dependiendo de si desarrollaron el lado más literario y misceláneo o si siguieron una orientación científico-divulgativa. La primera evolución la impuso en España Torres Villarroel, que renovó el formato del almanaque: concedió a cada pronóstico un título, coincidente con el juicio del año, que en su pluma se convierte en un auténtico cuadro costumbrista, de inspiración quevedesca y plena de ingredientes narrativos y autobiográfi-cos; su estilo es ameno, coloquial y riquísimo, pero sobre todo es capaz de ampliar notablemente los contenidos.⁹ Es importante observar al respecto que Torres, en tanto que almanaqueero, no es el heredero de un modelo

⁸ Cf. Zavala "Viaje"; y también Mercadier, "Littérature".

⁹ Cf. Zavala, "Literatura" 190-191; Martínez Mata, "Pronósticos"; Mercadier, *Diego* 196-208.

arcaico, un nostálgico de pensamientos o formas retrógradas, sino un innovador. Él gusta de presentarse, y con razón, como quien liberó a España de los almanaques italianos. Si el género o la “ciencia” podían considerarse viejos, su asalto a él era, en su preciso contexto español, de una notable audacia tanto mercantil como literaria, y suponía una quiebra con el pasado. Quienes le combatían estaban enfrentándose a una creación que marcaba un nuevo paso que, según sugiere Rodríguez Sánchez de León, revela en Torres “su deseo de preservar el futuro de un género que siente amenazado” (357). Parte de ese innovar, pues, consistía en acomodar el modelo a los tiempos. Acrecer y diversificar contenidos es un proceso correlativo —y en alguna medida su resultado— a la mengua de la astrología judiciaria, consecuencia de la creciente crítica racionalista contra ella y la hostilidad mostrada por la Iglesia, el gobierno y las élites letradas, como subraya Velasco (130-2).

Por parte de Torres habría, pues, algo de invención y genio personal, pero también acomodación a un contexto menos propicio a la credulidad. El humor de que hace gala el salmantino es otra forma de disolver los riesgos de hacer profecías, que él experimentó en sus carnes. Desde su primer almanaque, e ininterrumpidamente, Torres establece un juego entre su diestro arte de vaticinar el futuro, y una perpetua burla de sí mismo y de sus augurios, justificando los almanaques como algo divertido para los lectores y lucrativo para él. Esa dialéctica que salta a cada paso de la jactancia por su destreza a la jactancia por su amenidad pretende garantizarle a la vez las ventajas de reputarse por astrólogo y las de desacreditar la astrología, y usa como eje concordante la celebración de la risa y del éxito como razón de ser de su oficio. La afortunada fórmula gozó de tanto favor que, a partir de ella, casi todos los astrólogos que proliferan al abrigo de la nueva moda desde los años treinta (cf. Mercadier, *Diego* 200) la adoptaron de una manera u otra; la clave estaba en ampliar la parte narrativa y miscelánea en detrimento de la astrológica.

Pero, según Zavala, además de esta pléyade de imitadores, hubo muchos pronósticos de tipo divulgativo e informativo, cercanos al espíritu de los novatores: “Los pronósticos se pueden dividir, pues, en dos tipos: los instructivos y los puramente literarios, como los de Torres, sin otra finalidad que urdir fantasías y quimeras en prosa y verso burlescos” (“Literatura” 194). Los instructivos ofrecen informaciones prácticas en formatos sencillos y estilo asequible: “Datos sobre higiene y salud, o primeros auxilios, reglas para sangrar, es decir, útiles avisos para vivir mucho tiempo y conservar la salud, que venían a veces envueltos en recetas mágicas” (195).¹⁰ Con esta

¹⁰ La progresiva inclusión de especies “útiles” sería otra vía para llenar el hueco que va dejando la astrología en su declive, paralela a la que supone la literaturización ya mencionada (Velasco 131-2). La ampliación, diversificación, literaturización y didactización de los contenidos de los almanaques, en menoscabo de su inicial contenido a medias utilitario y a medias judiciario, es general en otros países a lo largo del

oportuna distinción, la autora salva a unos y a otros de la general acusación de instigadores de la superstición. De igual modo, Zavala piensa que, aunque Torres recurre a un lenguaje popular y carnavalizado, disolvente de los discursos oficiales por medio de la risa, el desenfado, lo escatológico, etc., el mensaje que transmite corresponde a valores burgueses:

se puede conjeturar que Torres proyecta el ideal de la armonía de clases. De sus textos el lector concreto podía concluir que el triunfo y la fortuna estaban al alcance de cualquier hombre medio y de pocas letras [...] si hacía buen uso de su ingenio y de su espíritu inventivo. [...]. [También transmite] su convicción en favor de la libertad personal, la libertad de expresión y la libertad de conciencia, valores todos defendidos posteriormente por la burguesía en marcha [...]. Los almanaques del siglo XVIII, sobre todo los de Torres, defendían las virtudes sociales burguesas: honestidad, trabajo, frugalidad, corrección. (Zavala, "El lector" 73-74)

Zavala subraya, no obstante, que Torres no amenaza el orden social, sino que lo acepta y aspira a integrarse entre sus privilegiados ("El lector" 77), con un planteamiento habitual en la burguesía ascendente, mas aún no revolucionaria.

Estas tesis sobre los elementos críticos de los pronósticos han tenido eco en otros estudiosos como Álvarez, quien afirma que "los almanaques son una clara vía de culturización burguesa sobre el mundo rural" (504). Parte de ese mensaje viene por los valores que se transmiten en los prólogos y otras secuencias donde los autores se jactan de la ganancia de dinero y la búsqueda del éxito. Por otra parte —sigue diciendo Álvarez—, el predominante lenguaje satírico induce al "sometimiento a la razón de lo divino y lo humano, la secularización del pensamiento y de la cultura" (505). En consecuencia, concluye que "los almanaques intervienen directamente en las luchas políticas en contra del absolutismo y del Antiguo Régimen" (506) y que de manera progresiva "ejercen funciones directas de propaganda directa a favor del liberalismo" (507). Su decadencia en el XIX se ve justificada precisamente porque la burguesía ya dispone de mejores instrumentos para cumplir esas funciones.¹¹

Estas afirmaciones parecen hartó extremas. Frente a ellas se han contrapuesto visiones menos favorables, como la de Aguilar Piñal, quien comparte el dictamen ilustrado que juzga a los pronósticos un género oscuran-

XVIII (sobre las colonias angloamericanas, véase Dodge).

¹¹ Sigue esta interpretación Javier Fernández Sebastián en su estudio particular sobre los almanaques en Navarra (584-86), que, aunque breve, es el único acercamiento regional al tema que conozco.

tista, ajeno a la modernización que deseaba la élite cultivada. En la astrología del XVIII se produjo una degradación respecto al siglo anterior, pero esta se basaba en no tomársela en serio:

Los pronósticos [...] del XVIII no tienen nada que ver ni con lo anterior ni con lo posterior. Es la bufonada en el pronóstico: es decir, lo que Torres inaugura y lo que hacen todos sus seguidores es burlarse de la profecía, y del pueblo al mismo tiempo, tomadura de pelo inmisericorde. Si los vaticinios y pronósticos habían sido prohibidos anteriormente por la Iglesia, los del XVIII lo son por el Estado, pero no por motivos religiosos, sino precisamente para evitar la bufonada, esa manera de captar la ideología del pueblo y llevarla a un terreno completamente supersticioso y frívolo, o lo que es lo mismo, anticultural. (“Pronósticos” 353)

En realidad, como el teatro de magia, los autos sacramentales, los romances de ciego, la predicación y otras fórmulas de éxito popular en el XVIII, los almanaques sumaban a ojos de los ilustrados dos rechazos igual de activos: por un lado, el desprecio hacia el pueblo propio del elitismo social e intelectual; y por otro, su sensata denuncia de las prácticas supersticiosas e irracionales. Muchos críticos no separan ambas hostilidades, ya que a menudo no comparten la primera pero sí la segunda: de esa manera, si se quiere reivindicar la cultura popular en los almanaques, parece forzoso hacerlos también partícipes del espíritu de renovación intelectual. Torres se pasó la vida, a golpe de prólogo, desarrollando una oposición entre la vida libresca, sombría y ridícula de los letrados universitarios, y el vitalismo popular y gozoso que se atribuía a sí mismo.¹² En cierto modo, ese planteamiento no poco demagógico —hacer de la necesidad virtud solo cuando y para lo que conviene— ha hallado un público propicio en nuestros días, en que lo popular y lo vitalista han gozado de mejor prensa que lo elitista y lo libresco. El caso es que las contadas aproximaciones críticas están escindidas entre juicios valorativos extremos, aunque concuerdan en identificar los elementos de quiebra y evolución que definen a los almanaques en la España del XVIII. Y tales elementos son los más determinantes para la autobiografía, que es lo que me atañe.

De astrólogos a autobiógrafos

La disputa sobre el carácter retardatario o avanzado de los almanaques dieciochescos es pareja a aquella otra sobre si Torres Villarroel es en lo

¹² Por citar algún ejemplo, véase el prólogo “Al Vulgo” de su opúsculo de 1748 sobre los temblores de tierra (cf. Mercadier, *Diego* 407-8). Como siempre con Torres, las citas podrían multiplicarse con la misma prolijidad... y a menudo contradirse.

literario y lo científico —también en lo autobiográfico— un burgués pleno de modernidad, o bien un rescoldo del siglo anterior teñido por las circunstancias de la sociedad moderna, postura esta con la que me identifico más: sobre una base arcaica, ajena al criticismo y al individualismo del hombre moderno, crecen grietas y puntos de crisis por los que se asoma no tanto el nuevo paradigma como la descomposición y el desequilibrio del antiguo.¹³ En la medida en que existe un vínculo entre astrología y autobiografía, los almanaques participan del problema.

Como ya dije, uno de los elementos novedosos que aportan las autobiografías de Torres, Arias y Ripa proviene de la astrología, en la medida en que esta se pueda catalogar de actividad intelectual, por degradada que sea. Arias era otro almanaquero que pugnaba por abrirse un hueco arrojándose a Torres, a quien sigue en todo, incluso en la voluntad de autobiografiarse; en él hay mucho de imitación, pero también de emulación de un rival.¹⁴ Ripa, por su parte, es un autor desconocido, pero a la vez de personalidad más acusada y con un talento literario nada desdeñable. Así pues, si la *Vida* de Arias puede entenderse como un reflejo mecánico de la moda inaugurada por Torres, la tentativa de Ripa es más aleccionadora: para Mercadier ("Dans le sillage" 129), prueba que el "efecto Torres" legitimó la autobiografía de personas comunes que no eran profesionales de la literatura docta ni grandes personajes. Su condición de escritores "populares" les daría una perspectiva de notoriedad y lucro burgués, que subyace tras la iniciativa.

Si los pícaros, aventureros, impostores y soldados reales o de ficción que escribieron sus vidas antes de ellos se definían por una estética de la marginalidad social y moral, los piscatores y filomatemáticos aportan una de tipo intelectual, ya que su lucha es contra el saber oficial institucionalizado del Antiguo Régimen —la Universidad y el mundo letrado oficial en el caso de Torres, el Protomedicato en el de Arias, el Ejército en el de Ripa—, del

¹³ He desarrollado esto en "A vueltas"; sobre el Torres "científico" se ha vertido mucha tinta, remito como síntesis al volumen de Pérez López y Martínez Mata (*Revisión*).

¹⁴ Las polémicas fueron frecuentes entre los astrólogos y los incrédulos, como la célebre burla de Jonathan Swift contra John Partridge en 1708, o la controversia sobre la astrología judiciaria que enfrentó en 1726-1727 a Feijoo, Martín Martínez, Isla, Torres, Gonzalo Antonio Serrano y otros (cf. Mercadier, *Diego* 69-78; y Vallés, en Torres, *Recitarios* 54-79). Pero tales rivalidades fueron igual de frecuentes entre los almanaqueros, que competían por un lucrativo mercado y minaban la credibilidad de sus competidores (cf. Stowell sobre el caso norteamericano). Se conoce el enfrentamiento que Torres tuvo en 1724 con el Hospital General de Madrid, que poseía el privilegio de traducir el *Sarrabal* de Milán y vio mermada su venta por la irrupción del salmantino (Mercadier, *Diego* 61-2). No obstante, la relación de Gómez Arias con Torres Villarroel no ha sido nunca estudiada, ni la de los restantes autores.

cual reclaman un reconocimiento a sus méritos individuales. Esos méritos son de naturaleza intelectual, aunque esta protesta se haga ante el público en general y se rodee del aparato torresiano de autodegradación, tan ritual como festiva.¹⁵ Hay, por tanto, una marginalidad y un desclasamiento que aspiran a ser superados mediante la integración en la clase de los doctos, incluso después de bombardear a esta con una lluvia de dicitos. El deseo de hacer valer en concreto ese mérito —el conocimiento científico—, y no otros, les convierte en cierta manera en *outsiders* que pretenden abrir las cerradas puertas de la élite. Y ese impulso halla mejor acomodo en una narración personal que les “salve”, en tanto que personas, de sus personajes.

En efecto, tal apelación contra quienes les niegan la condición de sabios es ya de naturaleza autobiográfica y pública, por medio de un impreso —sus *Vidas*— que busca conquistar o rentabilizar el favor del público. A los lectores de Torres, Arias o Ripa, no obstante, bien poco les debía de importar si estos eran buenos o malos profesores de sus disciplinas, ni si les aceptaban las élites doctas. El reclamo de estos libros —sobre todo los de Arias y Ripa, el caso de Torres es más complejo, y el menos “picaresco” de los tres— está en una narración llena de sucesos curiosos y chispeantes que tienen poco que ver con la especulación intelectual. Siguiendo el vitalismo popular al que ya se ha hecho alusión, no son las vidas de unos sabios, ni giran sobre la adquisición, institucionalización y ejercicio de sus saberes, los cuales no afectan a sus identidades íntimas o solo lo hacen en las periferias del relato.¹⁶ Con distintos matices e incoherencias, el planteamiento medular de sus *Vidas* apenas incide en las fuentes de legitimación que tendrían que hacerles dignos del reconocimiento pedido, sino en aventuras, vaivenes de la fortuna, engaños, malandanzas... Es decir, se valen de las marginalidades —sociales, morales, físicas— que venían avaladas por la tradición literaria y el gusto confirmado del público: se insiste en el personaje más que en la persona. Sobre esta plantilla se enhebran otros materiales, que llegan a gran complejidad en Torres.

¹⁵ Hay casos análogos: el novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora, “escribió una veintena de almanaques [...]. Por un lado, se encontraba molesto por el desprestigio que esta literatura le acarreaba en su carrera universitaria. Pero, por otra parte, el catedrático se veía en la necesidad de escribir dichos materiales obligado por el bajo salario que percibía por su trabajo en la Universidad” (Sánchez Menchero 297-8). Benjamin Franklin hizo buenos dineros con su *Poor Richard's Almanack* entre 1733-1758, dando al género mayor extensión, enfoque literario y didactismo moralista, además de humor (cf. Dodge 597-600), y a la vez fue un destacado científico y autobiógrafo (véase Ilie).

¹⁶ No hay más que comparar esta forma de autobiografía con la que practican Manuel Martí y Gregorio Mayans: véase Durán, *Vidas de sabios*, especialmente el cap. II.

La contradicción es irresoluble e impide, a mi juicio, que estas autobiografías puedan ser consideradas modernas: aunque sus objetivos e intenciones las podemos identificar como valores burgueses (medro social, ganancia de dinero, dignidad como sabios), el público al que se dirigen no puede ser seducido por tales argumentos, por lo cual la narración recurre a procedimientos de las vidas picarescas y la literatura de entretenimiento. Parece difícil que cualquiera de estos tres autores consiguiera el favor o el reconocimiento que declaran perseguir usando tales presentaciones. Si como autobiógrafos muestran algunos elementos de crisis de la identidad antigua, como escritores públicos se dirigen aún a unos lectores que están lejos de apreciar en ellos otra cosa que su condición pseudopicaresca. Esa contradicción proviene de la práctica astrológica. La fama —ya efectiva o todavía buscada— viene del éxito popular y reclama ser satisfecha por parámetros literarios del gusto de sus consumidores; y al lado de esto, se perfila un anhelo más personal de respeto y aceptación por parte de unas élites cuyos lenguajes y discursos no pueden sin embargo compartir.

Hay que volver a resaltar que Torres Villarroel es tal vez el único escritor del XVIII —y acaso Gómez Arias aspiraba al mismo estatus— que escribió solo para publicar y casi no escribió nada que no pudiera darse de inmediato a la imprenta. En ese sentido, es acertadísima su frecuente caracterización, desde Marichal en adelante, como el primer escritor profesional de la época moderna. Así señala Álvarez Barrientos que, en la mercantilización de la cultura en el XVIII, Torres “merece un estudio aparte, dada su habilidad para vivir de las letras, creando además a su alrededor todo un ambiente de expectación en el que él mismo, en tanto que personaje, se convierte en mercancía vendible, y no solo su obra literaria” (52-3). Pero hay que subrayar que en aquel tiempo uno de los escasos oficios literarios que podían dar lugar a tal emancipación del escritor eran los pronósticos. Según Zavala, la tirada de los almanaques “variaba entre 800 y 3000, aunque usualmente solía ser de 1.000 a 1.500, cifra nada deleznable que alcanzaban las obras de seguro éxito editorial” (“Literatura” 204). Álvarez (493-4) sintetiza los datos sobre las espectaculares tiradas en Francia, Norteamérica e Inglaterra, donde los almanaques llegan a fines del XVIII a cifras conjuntas de medio millón de ejemplares al año, y calcula que la tirada de los pronósticos de Torres acumuló entre 1719 y 1761 unos 121.428 ejemplares.¹⁷

Torres Villarroel, como poeta, hagiógrafo, dramaturgo, ensayista, divulgador científico, novelista o costumbrista, jamás hubiera alcanzado la notoriedad y cercanía al público que le indujese a publicar *Cya* no a escribir

¹⁷ La manera en que obtiene esa cifra resulta cuestionable, “traduciendo” en ejemplares los 900.000 reales que Torres afirma en 1761 llevar ganados, pero no está lejos de lo que el escritor cuantificaba en 1756 al hablar de los “diez mil ejemplares que regularmente se imprimen” de sus almanaques (dedicatoria de *La casa de los linajes*, cit. en Mercadier, *Diego* 318).

una autobiografía que gozó de un éxito comercial muy grande, solo justificado por la fama adquirida con sus pronósticos. Según Alemán Illán, la librería murciana de Francisco Benedicto contenía en 1747 “doscientos pronósticos de Torres atrasados” (305), que aparecen enumerados sin desglosar; pero entre los 639 títulos que sí se especifican, se hallan sus “*Poesías, Anatomía de lo visible e invisible, Vida ejemplar de la venerable Gregoria Francisca de Santa Teresa*, y sobre todo *Vida, nacimiento, crianza y aventuras* (sic) con 40 ejemplares para un total de 47 libros de este autor en este formato [en 4^o]. Se diría que es el autor del día...” (308). En ese sentido, Torres es autobiógrafo solo porque primero fue astrólogo y escritor popular. Lo mismo cabe aseverar de Arias —y, acaso en grado de tentativa, de Ripa—, quienes tenían el decisivo señuelo del éxito del Piscator de Salamanca.

Ahora bien, esta perspectiva afecta también al modo de escribir esas autobiografías. La relación de consumo entre el autor y el lector de los almanaques permite que el autobiógrafo no oculte su *yo* al escribir su vida, sino todo lo contrario; en eso opera de manera diametralmente opuesta a la conducta habitual de los hombres de letras del XVIII. Escritores como Torres no precisan de intermediarios académicos ni de artificios retóricos para encubrir la vanidad —Mayáns escribiendo en latín su propia biografía en tercera persona para que se leyera publicada a nombre de otro¹⁸—, sino que persigue un contacto inmediato de los lectores con la personalidad del escritor, que ni se oculta ni se dulcifica, sino que se magnifica en una explosión de declarado egocentrismo. La vanidad es la materia prima de su ejercicio profesional.

En cierto modo, Torres Villarroel practica una astrología festiva, casi una antiastrología, donde es el estilo, la palabra y la personalidad del autor el principal reclamo. Pero el Piscator tampoco olvida que explota —y necesita— la credulidad del vulgo y que ha de seguir sirviéndole vaticinios en que creer, aunque sean entreverados de burlas y aderezos. Por mucho que se chancease sobre la falsedad de sus augurios, los lectores vulgares seguían viendo profecías en esas páginas y eso condujo, a la postre, a que Carlos III prohibiera en 1767 la impresión de pronósticos; en ese momento la voz de Torres enmudeció y no volvió a publicar nada. Más de cuatro décadas de burlas sobre su astrología no habían servido para desactivar la sustancia judiciaria, porque tales burlas solo operan en un plano. Él parece solventar la brecha entre los propósitos del escritor y los del astrólogo mediante un discurso que actúa por capas superpuestas, donde diferentes niveles se solapan para satisfacer sensibilidades distintas: a unos lectores se les da cosas en que creer y a otros cosas de que reír, pero todos a fin de cuentas le dan reales que ganar y él se encarga de recordarlo a cada rato. El *yo* verborreico y omnipresente es el cemento que mantiene unidas las sucesivas finalidades, solventando sobre la marcha sus contradicciones; es el mayúsculo *todo vale*

¹⁸ Véase Durán, *Vidas de sabios* 119-46.

en que vienen a integrarse tanto su credo literario como su credo astrológico... y antiastrológico. No obstante, la credulidad supersticiosa es la sustancia última del almanaque, que asoma en cuanto hay un detonante, sea la muerte de Luis I o el motín de Esquilache.¹⁹

Es en ese juego de discursos donde la autobiografía cobra su plena naturaleza como fase final de una negociación perpetua de su imagen, su verdadero y único activo. El valor del *yo* en los almanaques conduce a la autobiografía: la relación de consumo entre el astrólogo y su público es personal, se basa en la credibilidad y la simpatía suscitadas por quien firma el pronóstico, que sin embargo no es persona, sino personaje.²⁰ Una de las novedades introducidas por Torres en los almanaques, clave de su éxito, fue la aparición de un ubicuo *yo* narrativo, sobre todo en las "Introducciones al juicio del año". La puesta en escena de sí mismo como autor-narrador-personaje —uno y trino casi en cada página—, si se reduce a lo esencial, nos muestra a un Torres Villarroel que en 1718 se arroja ante el público como almanaqueero y crea el consabido *alias* que el género demandaba: el Gran Piscator de Salamanca, heterónimo más que seudónimo, sabio y mago burlón, ducho en cálculos, versos y vaticinios. De inmediato el autor real, esa persona llamada Diego de Torres Villarroel, se convierte en profesor universitario y arrastra a tal condición al astrólogo discursivo: el Piscator se hace catedrático. Pero Torres sigue escribiendo una larga serie de obras, principalmente sueños de contenido científico-moral y envoltorio literario, en que la fusión de los atributos *personales* del autor y la máscara *ficticia* del astrólogo es cada vez más pronunciada. Cuando en esas obras se da doctrina científica, es el

¹⁹ A la perspicacia de Campomanes no se escapaba este hecho: "a pesar de cuantos correctivos, zumbas y burlas se quieran ridiculizar estas mismas adivinanzas, el pueblo incauto recurre a ellas, y tal vez se autorizan delitos enormes, como el tumulto de Madrid" (en Mercadier, *Diego* 171, informe al Consejo de 19-XI-1766). Una cosa es el plano de la escritura y otro el de la recepción, viene a decirnos; pero Torres, aunque no lo declarara, ya lo sabía y contaba con ello. El único remedio podría ser la desjudicialización del producto, a lo que tendía su sobrino y sucesor, Isidoro Ortiz, quien escribía a Campomanes el mismo año: "he impreso mis almanakes huyendo siempre de parecer astrólogo, y así solo he tirado a llenar los huecos de las lunas con algunas coplillas que diviertan e instruyan" (en Mercadier, *Diego* 170). A su tío, sin embargo, le estaba vedado "enterrar" al Gran Piscator.

²⁰ Mercadier denomina *yo* "fantasmático" ("La paraliteratura" 603) a esa máscara que caracteriza la escritura de pronósticos y que fue objeto de imitación por sus seguidores, aunque con una diferencia esencial (que algún día habría que corroborar): "el enunciador Torres no pierde nunca su identidad verdadera; en cambio, los otros —exceptuando al sobrino de Torres— no hacen sino valerse de una fórmula. Su *yo* es una mera convención. [...] En los almanaques de Gómez Arias, sobre todo, queda patente esta influencia, cuya tonalidad general es la de una caricatura del miserabilismo paroxístico, que no está reñido, ni mucho menos, con el estilo más refinado" ("La paraliteratura" 604).

profesor Torres quien la da, pero el narrador-autor es a la vez Torres persona —a cada rato habla de su vida y experiencias concretas— y Torres personaje, esto es, el célebre Piscator. Y al cabo anualmente el astrólogo vuelve con sus almanaques voceados por los ciegos, cosechando en reales de vellón lo sembrado el resto de días y de páginas... Los calendarios y pronósticos los firma Torres a título de Piscator, pero el almanaque es en realidad una cebolla de capas superpuestas donde comparecen todas las faces de Torres una encima de otra.

El *yo* literario resultante, pues, se constituye en una suerte de personaje de ficción, el Piscator, pero participa de una referencia real: el propio escritor. Tal papeleta la resuelve Torres alternando y superponiendo discursos, que jamás encuentran síntesis ni acomodo racional, en un incesante juego especular de afirmaciones encadenadas:

Solo este proceso [su autodiscurso durante años] permite entrever cómo Torres se convirtió en Torres, ese mago inquietante y poderoso, uno de los grandes maestros de la lengua española, el escritor más célebre y rico de su tiempo, que compartía el mismo cuerpo que un oscuro profesor de provincias, sin título ninguno para sobrevivir en la memoria de los hombres. (Mercadier, *Diego* 19)

Ese *yo* hipertrofiado, sobredimensionado, jactancioso, contradictorio y desbordante —mucho más barroco que ilustrado— comparte, pues, la naturaleza real de Torres con la naturaleza ficticia del Gran Piscator.²¹ Es una máscara, sin embargo, que elude la introspección: revela y oculta al mismo tiempo, protege igual que incomoda. Ese juego de ventriloquia tiene también algo de autocanibalismo: el Torres que firma es subsumido por una vorágine de representaciones donde ya no se distingue su experiencia real subjetiva —si es que existe algún sujeto *dentro* de tal océano de palabrería— de los alternativos disfraces que adopta: astrólogo serio, astrólogo charlatán, profesor docto, profesor perdulario, amado del vulgo, amado de los grandes, humilde, agraviado, arrogante, devoto, pecador... Ahora bien, y este es el punto que interesa, en esa interpenetración entre el autobiografismo compulsivo de Torres y el personaje piscatorio, la tarea estricta de almanaqueo y la tarea estricta de autobiógrafo (la *Vida*) mantienen una cierta oposición. Con el tiempo, la persona bajo el personaje se ve obligada a debatirse contra él, como esos actores fagocitados por el exitoso papel que interpretan, pero que lo necesitan para seguir gozando de las ventajas de su éxito.

²¹ Mercadier señala la primacía del Piscator en esta mitología personal: “lo más frecuente es que la identidad del héroe-narrador se revele mediante la indicación, no del apellido o del nombre, sino de una actividad única: para encomiarlo o para denigrarlo, se reconoce al astrólogo, el que se ha hecho célebre bajo la denominación de *Gran Piscator de Salamanca*” (*Diego* 196).

En ese punto aparece la autobiografía: por un lado, lógico desarrollo narrativo de un personaje ya familiar para el lector, que desea saber más detalles; por otro, intento del escritor de independizarse de su imagen de ficción, para rehabilitar su personalidad real y aspirar a un grado más elevado y elitista de estimación. Recordemos que el Gran Piscator de Salamanca en realidad no es una figura ingeniada por Torres, sino heredada de la tradición del género y luego moldeada a su antojo... en parte porque tampoco era capaz de librarse de ella. Estuvo modulando el personaje y negociando su aceptabilidad en la medida en que la búsqueda del reconocimiento universitario, la acogida de los doctos y la protección de los poderosos fueron siendo en su vida objetivos más asequibles y ansiados, que quizá no estaban en 1718 entre sus expectativas. El triunfo de su máscara era halagador y lucrativo, pero ese mismo triunfo le inducía a escapar de sus demasiadas angosturas. Pero no podía ni quería, de modo que se aplicó a buscar, con ella puesta, otros niveles de prestigio y de éxito, sin renunciar a las bases de su negocio. Es lo que Mercadier denomina "el discurso de un yo mítico que intenta captarse en los desdoblamientos organizados por él mismo" (*Diego* 196).

La cuestión es que, en grado difícil de cuantificar, la autobiografía de 1748 es su conato más ambicioso de deslindar los territorios del hombre de los del personaje. Presentar una autobiografía formal y extensa es un modo de confesar la necesidad de separar la máscara del rostro. No es inocente que, según los documentos aportados por Mercadier, el primer proyecto de la *Vida* surgiera durante su exilio en Portugal como forma de limpiar su maltrecha reputación, en un momento crítico en que parecía que su frivolidad le pasaba una factura demasiado onerosa. El Piscator, y por tanto ese complejo personaje precipitado alrededor de él a fuerza de su exhibicionismo, tenía que dar un paso atrás: lo cual no es lo mismo que decir que Torres pensara dejar de ejercer de Piscator, ni lo repudiara. Ahora bien, si no hubiera Piscator, no habría *Vida* que escribir, por lo cual el texto de 1743 tiene que estar a la altura de las expectativas de su nutrida parroquia de lectores; pero esa *Vida*, al mismo tiempo, aspira a destapar tras la máscara piscatoril la verdadera faz, no de lo que Torres es en realidad, sino de lo que le gustaría ser.

La autobiografía no cumplió ese objetivo, sino que redistribuyó el mismo conjunto de rasgos y contradicciones que venía barajando desde 1718, pero alterando su jerarquía y el orden de los elementos. En definitiva, lo que define al personaje es la palabra, el estilo, y eso era imposible de cambiar. Y no se olvide que la base de ese estilo es la burla. Si hubiera optado por un modelo más moderno de autobiografía —para lo que España apenas le surtía de modelos factibles—, ya fuese en un sentido más autojustificativo, más intelectualista o más introspectivo, el resultado habría sido a buen seguro decepcionante para sus lectores (e incluyo en ese grupo a la posteridad

literaria).²² Es una operación de maquillaje, no una completa cirugía estética: le interesa que sus rasgos —incluidas las muecas del Piscator— sigan siendo reconocibles. Eso es lo que da su ambigüedad a la autobiografía: que nace a la vez de la astrología y contra ella, pero nunca reniega de su fundamento.²³ A ese respecto, es aleccionador que la *Vida* fuese su última gran obra. Desde 1743, además de ampliarla, publicará almanaques, opúsculos polémicos o científicos, alguna hagiografía, reediciones..., pero nada de la entidad de los *sueños* que había dado a luz desde el *Viaje fantástico* de 1724. La *Vida* es un cierre en su construcción esencial como escritor.

En cuanto a Gómez Arias y Ripa, no debían con sus *Vidas* satisfacer expectativas, sino crearlas, de ahí que la imitación de Torres sea, en realidad, una inversión. Arias escribe su *Vida* cuando es aún bastante joven y lleva a sus espaldas pocos años de ejercicio almanaquero. Si Torres usa el *yo* de la *Vida* para negociar los efectos y consecuencias del *yo* de los almanaques, Arias emplea la *Vida* para construirse —talentos literarios aparte— un *yo* que luego pueda darle resultados análogos en los pronósticos. Él aún tiene que construir al Gran Piscator de Castilla y asentarlos en el juicio popular de sus lectores; el proceso es el inverso al de Torres, pero en ambos casos existe un directo vínculo entre el desempeño astrológico y el autobiográfico. Los itinerarios narrativos son también antitéticos: mientras que Torres solemniza su ascensión social y su capacidad de imponerse a la sociedad y sus enemigos, Arias se presenta como un caído que, procedente de una encumbrada familia, padece por el infortunio y la malquerencia ajena, no menos que por su mala cabeza. Es un lamento victimista que, por nutrirse de un deseo de ser más que de una reflexión sobre lo que se ha sido, es incapaz de

²² Aun así, la sucesión de partes en años subsiguientes sí muestra un avance en esa dirección. El relato inicial del volumen de 1743 es más fiel a los modelos de identidad barroca y al perfil construido en 25 años de exhibicionismo, pero también incluye relevantes secciones donde queda más clara una pulsión justificativa y de reivindicarse socialmente según los fueros de la verdad y no de su repetida autoficción. La escritura intermitente posterior incorpora elementos de respetabilidad más convencionales: memoriales de agravios, querellas universitarias... Tal tránsito es, en cierto modo, el de una autobiografía en trance de invertir su jerarquía de prioridades y su destinatario.

²³ Algunos críticos, en particular Pérez López, insisten mucho en que Torres Villarroel estaba “atrapado” por su imagen temprana de Piscator y que la *Vida* es una lucha —mal entendida por los lectores posteriores— para desmentir tal imagen. El juego de máscaras es en mi opinión mucho más ambiguo, en la línea defendida por Mercadier, quien al hablar de la *Vida* subraya la duplicidad entre “retocar el autorretrato” y “desvelar” una autenticidad oculta al público, lo cual implica que “Diego juego visiblemente al único juego que le permiten la naturaleza de su obra y la imagen de sí mismo que él proporciona al lector de sus almanaques o de los *Sueños*” (*Diego* 232).

establecer un diálogo entre imágenes complejas.

Ripa, que también tenía unos treinta años al escribir su *Vida*, pero que ni siquiera disfrutaba de la limitada trayectoria literaria previa de Arias, no se vincula con la astrología, sino con las matemáticas, sobre todo orientadas a su ejercicio militar. Ofrece la peregrina excusa de que quería escribir un tratado de álgebra, pero que una fuerte migraña se lo impide y por eso redacta su autobiografía. Su móvil es un sentimiento de frustración, motivado por una sucesión continua de desdichas, de las que la autobiografía pretende ser tabla de salvación. Más incluso que Arias, invierte el proceso de construcción del yo, que empieza por una autobiografía que le ha de sacar de la oscuridad y poner en valor su sabiduría científica. A lo lejos, se atisba un futuro anhelado como el de Torres, cuando termina reclamando la fundación de una escuela de matemáticas que recuerda el problema que el salmantino y su sobrino tuvieron en la Universidad por un motivo similar. Los textos preliminares y las reflexiones metaliterarias barajan tópicos de Torres e imitan su estilo, pero el relato en sí transita por derroteros más independientes (el contexto militar, además, ofrece un dispar universo de referencias). Toda su relación con los libros, el aprendizaje autodidacta de las matemáticas y sus deseos de prosperar con tales habilidades, sin embargo, está en la órbita del salmantino. En resumen, el esfuerzo de construir un punto de vista y una voz torresianas remite al Gran Piscator de Salamanca como su única legitimación real como autobiógrafo, aunque su desempeño concreto está muy alejado.

No puedo tratar aquí con el detalle que requerirían los casos de Ripa y de Arias, pero resumo mis conclusiones. Fueron dos astrólogos y un filomatemático los únicos que dieron el paso adelante de no solo escribir, sino publicar —de escribir para publicar— sus autobiografías. La astrología les aseguraba un público curioso, pero a la vez realzaba y daba protagonismo personal a sus *yo*s y les hacía valorar el sentido del tiempo de un modo que se acerca —pero aún se queda muy distante— al que define la autobiografía moderna: más lineal, histórico y angustioso. Ahora bien, ese paso adelante realizado bajo condiciones nuevas que no tenían que ver con las del siglo anterior y que incorporaban objetivos nuevos —la búsqueda de la respetabilidad intelectual— imponían también la servidumbre de gustar al mismo público que consumía los almanaques. El desarrollo concreto de sus autobiografías tenía que ser, por consiguiente, afín al ameno paradigma narrativo picaresco y aventurero que venía de la literatura barroca y que Gómez Arias y Joaquín de la Ripa aplicaron a fondo, más allá incluso del modelo torresiano. El paso hacia autobiografiarse es en tal sentido un paso atrás, más que un salto hacia la modernidad.

Pero la explicación de ese desarrollo no corresponde al objeto de este estudio, pues he de acabarlo ya, no sin antes rendir el homenaje que no se desprende —ni tiene por qué— de nada de lo dicho, pero que a fin de cuentas es el más importante entre gentes afectas al placer de la literatura: que Torres Villarroel es uno de los mejores escritores españoles de todos

los tiempos y su *Vida* una prodigiosa obra maestra en buena parte de sus páginas, y un magnífico ejercicio de estilo en todas. No se repite lo suficiente.

OBRAS CITADAS

- Aguilar Piñal, Francisco. *La prensa española en el siglo XVIII. Diarios, revistas y pronósticos*. Madrid: CSIC, 1978.
- . “Pronósticos de Torres Villarroel en México y Perú.” *Homenaje a Noël Salomon. Ilustración española e Independencia de América*. Ed. Alberto Gil Novales. Barcelona: UAB, 1979. 345-55.
- Alemán Illán, Anastasio. “El mercado del libro en la Murcia del siglo XVIII: la librería de Francisco Benedicto.” *El mundo hispánico en el siglo de las luces*. Madrid: Editorial Complutense – SEESXVIII, 1996. I, 299-310.
- Álvarez, Jesús Timoteo. “Los almanaques, instrumentos de la revolución liberal en los siglos XVII y XVIII.” *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América Latina*. Ed. Alberto Gil Novales. Madrid: Universidad Complutense, 1983. 493-507.
- Álvarez Barrientos, Joaquín. “Los hombres de letras.” *La República de las Letras en la España del siglo XVIII*. Madrid: CSIC, 1995. 19-61.
- Arias, Gómez. *Vida y sucesos del astrólogo Don..., escrita por el mismo..., Maestro de Filosofía, Bachiller en Medicina y Profesor de Matemáticas y buenas Letras...* Madrid: Manuel Moya, 1744.
- Botrel, Jean-François. “Almanachs et calendriers en Espagne au XIXe siècle: essai de typologie.” *Les lectures du peuple en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XXe siècle)*. Ed. H.-J. Lüsebrink y otros. Bruselas: Complexe, 2003. 105-15.
- . “Para una bibliografía de los almanaques y calendarios.” *Elucidario* 1 (2006): 35-46.
- Dodge, Robert K. “Didactic Humor in the Almanacs of Early America.” *Journal of Popular Culture* 5.3 (1971): 592-605.
- Durán López, Fernando. “Adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX.” *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 4 (1999): 73-98.

- ____. "La autobiografía juvenil de José Cadalso." *Revista de Literatura* 64.128 (2002): 437-73.
- ____. *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Ollero & Ramos, 1997.
- ____. *Un cielo abreviado. Introducción crítica a una historia de la autobiografía religiosa en España*. Madrid: FUE, 2007.
- ____. "Coprofilia, violencia y alienación en la autobiografía de Santiago González Mateo." *Obscenidad, vergüenza, tabú: contornos y retornos de lo reprimido entre los siglos XVIII y XIX*. Ed. Fernando Durán López. Cádiz: Universidad, 2012. 285-300.
- ____. "La Ilustración boca a boca: el profesor Ramón de Salas y su alumno Judas Tadeo González Mateo." *Trienio* 41 (2003): 25-53.
- ____. "Nuevas adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX (segunda serie)." *Signa* 13 (2004): 395-495.
- ____. "Padres e hijos: el relato genealógico en la autobiografía de Santiago González Mateo." *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX*. Ed. Alberto Ramos Santana. Cádiz: Universidad, 1997. 69-84.
- ____. *Tres autobiografías religiosas del siglo XVIII. Sor Gertrudis Pérez Muñoz, Fray Diego José de Cádiz, José Higuera*. Cádiz: Universidad, 2003.
- ____. "La *Vida literaria* de Joaquín Lorenzo Villanueva: autobiografía, erudición y política." *Valencianos en Cádiz. Joaquín Lorenzo Villanueva y el grupo valenciano en las Cortes de Cádiz*. Ed. Germán Ramírez Aledón. Cádiz: Ayuntamiento, 2008. 401-502.
- ____. *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*. Madrid: CSIC, 2005.
- ____. "A vueltas con la *Vida* de Torres Villarroel: ¿relato picaresco o autobiografía moderna?" *Edad de Oro* XXXI (2012): 149-80.
- Fernández Sebastián, Javier. "Opinión pública, prensa e ideas políticas en los orígenes de la Navarra contemporánea (1762-1823)." *Príncipe de Viana* 50.188 (1989): 579-640.
- Ilie, Paul. "Franklin and Villarroel: Social Consciousness in Two Autobiographies." *Eighteenth-Century Studies* VII (1974): 321-42.

- Izquierdo Guerrero de Torres, José R. *Recuerdos de mi vida*. Ed. Fernando Durán López. Sevilla: Espuela de Plata, 2004.
- Labrador Sánchez, Germán. "El lugar de la locura: estrategia y formas literarias en la escritura del sujeto moderno (a propósito de un almanaque de Torres Villarroel)." *Dieciocho* 31.2 (2008): 325-46.
- Lejeune, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul – Endymión, 1994.
- Marichal, Juan. "Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo." *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid: Alianza, 1984. 102-8.
- Martínez Mata, Emilio. "La predicción de la muerte del Rey Luis I en un almanaque de Diego de Torres Villarroel." *Bulletin Hispanique* XCII (1990): 837-45.
- _____. "Las predicciones de Diego de Torres Villarroel." *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*. Oviedo: IFESXVIII, 1995. T. II, 75-83.
- _____. "Pronósticos y predicciones de Diego de Torres Villarroel." *Revisión de Torres Villarroel*. Ed. M. M. Pérez López y E. Martínez Mata. Salamanca: Universidad, 1998. 93-102.
- Mayoral, Francisco. *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral...* Sevilla: Espuela de Plata, 2008. Con "Estudio introductorio", de Fernando Durán López. 7-56.
- Menéndez Martínez, Benjamín. "Los almanaques y Diego de Torres Villarroel." *Archivum* XLIV-XLV (1994-95): 497-525.
- Mercadier, Guy. "Dans le sillage de l'autobiographie torresienne: la *Vida* du baroudeur mathématicien Joaquín de la Ripa (1745)." *Écrire sur soi en Espagne. Modèles et écarts*. Aix-en-Provence: Université de Provence, 1988. 117-35.
- _____. *Diego de Torres Villarroel: máscaras y espejos*. Ed. Manuel María Pérez López. Salamanca: Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, 2009.
- _____. "Une fortune brève peut en porter bien d'autres: l'Almanach en Espagne au XVIII^e." *Fragments et Formes Brèves. Actes du II^e Colloque International*. Aix-en-Provence, Université de Provence, 1990. 49-69.

- . "Literatura popular e Ilustración: el *Piscator económico* de Bartolomé Ulloa (1765)." *NRFH* 33.1 (1984): 186-95.
- . "Littérature populaire et traces d'utopie au XVIIIe siècle: le cas de Torres Villarroel et les almanachs." *Las utopías en el mundo hispánico*. Madrid: Casa de Velázquez – Universidad Complutense, 1990. 95-107.
- . "La paraliteratura española en el siglo XVIII: el almanaque." *Hommage des hispanistes français à Noël Salomon*. Barcelona: Laia, 1979. 599-605.
- . "Una pequeña 'universidad en casa': el almanaque." *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*. Oviedo: IFESXVIII, 1995. T. II, 139-45.
- . *Textos autobiográficos de Diego de Torres Villarroel. Repertorio bibliográfico*. Oviedo: Cátedra Feijoo, 1978.
- Pérez López, Manuel María. "Superstición popular y paraliteratura en el siglo XVIII. La ambigüedad burlesca del 'Gran Piscator de Salamanca'." *Salamanca. Revista de estudios*, 43 (1999): 251-72. Reed. en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Pérez López, Manuel María, y Emilio Martínez Mata, eds. *Revisión de Torres Villarroel*. Salamanca: Universidad, 1998.
- Peset, José Luis. "Torres Villarroel y el arte de hacer pronósticos." *Revisión de Torres Villarroel*. Ed. M. M. Pérez López y E. Martínez Mata. Salamanca: Universidad, 1998. 69-78.
- Ripa y Blanque, Joaquín de la. *Vida y aventuras militares del filomatemático..., escrita por él mismo, en que da noticias de las campañas y funciones que se ha ballado en la guerra de Orán y de Italia, con una escuela militar para ser perfecto soldado, y algunas imposiciones matemáticas...* Madrid: Imprenta de José González, 1745.
- Rodríguez Sánchez de León, María José. "Almanaques, calendarios y pronósticos." *Historia literaria de España en el siglo XVIII*. Ed. Francisco Aguilar Piñal. Madrid: CSIC – Trotta, 1996. 354-7.
- Sánchez Menchero, Mauricio. "Práctica y circulación de almanaques en la Nueva España (siglos XVI-XVII)." *Opinión pública y espacio urbano en la Edad Moderna*. Eds. Antonio Castillo, James Amelang y Carmen Serrano. Gijón: Trea, 2010. 287-300.

- Sebold, Russell P. *Novela y autobiografía en la "Vida" de Torres Villarroel*. Ariel: Barcelona, 1975.
- Stowell, Marion Barber. "American Almanacs and Feuds." *Early American Literature* 9.3 (1975): 276-85.
- Torres Villarroel, Diego de. *Recitarios astrológico y alquímico*. Ed. José Manuel Valles. Madrid: Editora Nacional, 1997.
- Velasco, Honorio M. "Cultura tradicional en fragmentos. Los almanaques y calendarios y la cultura 'popularizada'." *Palabras para el pueblo. Vol. I. Aproximación general a la literatura de cordel*. Ed. Luis Díaz G. Viana. Madrid: CSIC, 2000. 121-144.
- Zavala, Iris M. "El lector social concreto: los almanaques de Torres Villarroel." *Lecturas y lectores del discurso narrativo dieciochesco*. Ámsterdam: Rodopi, 1987. 62-80.
- _____. "Literatura popular novadora: lucha y caída de los astros." *Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII*. Barcelona: Ariel, 1978. 168-215.
- _____. "Utopía y fantasía en la literatura del setecientos: astrología y almanaques." *La literatura fantástica en España*. Ed. César Antonio Molina. Madrid: Espasa-Calpe, 1978.
- _____. "Viaje a la cara oculta del Setecientos" y "Astrología y utopía en la literatura popular del Setecientos: los almanaques de Torres Villarroel". *NRFH* 33.1 (1984): 4-33 y 196-212.



EL GRAN
PISCATOR
DE SALAMANCA,
PARA EL AÑO DE MDCCLVIII.